

1 Noviembre 1913

IDEOLOGÍAS

NUEVO MUNDO

MAJADEROS QUE NO MAJAN

A.—Desengáñese usted, amigo mío, no hay más que dos partidos, dos verdaderos partidos políticos: el de los ricos y el de los pobres.

B.—Pero no ve usted á los más de los pobres siguiendo á los ricos y dejándose manejar de ellos bajo el especioso pretexto de que les dan de comer, cuando es lo contrario, que los pobres dan de comer á los ricos, y no ve usted á algún rico sirviendo intereses de pobres? ¿Cree usted que los Gracos, por ejemplo, eran pobres?

A.—No importa. El pobre es servil, es cierto, y el esclavo acaba por aceptar la esclavitud que le descarga de toda responsabilidad; pero yo doy otra división política que la de ricos y pobres.

B.—En vez de éstos, diría yo más bien pordioseros, que es muy otra cosa; mendigos.

A.—Eso lo son casi todos los políticos de profesión, ricos ó pobres. Y nada hay más terrible que el rico mendigo.

B.—Pues bien, amigo mío; usted sabe que cada vez me aparto más de la llamada concepción materialista de la historia, de la de Carlos Marx y sus secuaces dogmáticos; de la que no ve en el fondo de los hechos todos sociales más que una cuestión de estómago.

A.—Y con qué otra concepción la substituye usted?

B.—Con la concepción histórica de la historia.

A.—Y cuál es esa?

B.—La historia es pensamiento. Y no digo espíritu por no herir los principios de usted. Y como le sé ateo — que no es precisamente ateo, ya que el ateo es el que no cree en Dios y el ateo — el que cree en el No-Dios —, no añado que la historia es el pensamiento de Dios. La historia es pensamiento, es idea.

A.—Y el hambre, ¿qué papel juega en ella?

B.—El hambre? El hambre no juega papel en la historia.

A.—Pero me negará usted...

B.—Sí, se lo niego.

A.—¿Qué lanzó á los bárbaros, á los de antaño, sobre Roma?

B.—La idea del hambre acaso, y más bien la del goce.

A.—¡Aaaaah!

B.—La idea del hambre, no el hambre misma. Y pueden abrigar la idea del hambre harta los hartos. Y en todo caso, la idea del hambre sobrevive al hartazgo. Al avaro la idea del hambre le hace ayunar. Son ideas y sólo ideas lo que produce la historia.

A.—¡Ideólogo!, ¡ideólogo!

B.—Y á mucha honra. Y más ahora en que sé que en sacristías y en cuartos de bandera, ideólogo é intelectual son los dos motes que más descalifican á un hombre. Todo dogmático odia la ideología.

A.—Pero es que un dogma no es una idea?

B.—No; un dogma, religioso ó nacional, no es una idea, sino un fósil que fué, cuando vivo, una idea. Y el dogmático odia las ideas, es un inisólogo, como los llamaba Platón, un ideófobo. Y los ideóforos forman ya partidos. De modo que le digo que no hay sino dos partidos: el de los que piensan y el de los que no quieren pensar. Y los que no quieren pensar se oponen á que los demás piensen.

A.—Pero todo hombre inteligente tiene por fuerza que pensar...

B.—¡Quiera ó no quiera, claro está!

A.—Entonces...

B.—Entonces que sólo hay dos partidos: el de los inteligentes y el de los otros. Y este descubrimiento me ha revelado el fondo entero de la fatídica tragedia nacional española de estos cuatro años, de la tremenda lucha de los ideólogos contra los ideóforos, de los escépticos — en el recto y primitivo sentido de la palabra, que no es los que dudan, sino los que investigan y rebuscan — contra los dogmáticos, que son los que afirman; de los del fin de libertad contra los del principio de autoridad.

A.—Pero es que sin autoridad puede vivir un pueblo?

B.—Sin autoridad, no; pero sin principio de autoridad, sí! La autoridad es una cosa, y lo que los conservadores, los dogmáticos, los ideóforos y los déspotas llaman principio de autoridad, es otra cosa. La autoridad debe basarse, no en su principio, sino en su fin. Dios mismo no es para mí, ya lo sabe usted, un principio, sino un fin; no un *porqué*, sino un *para qué*. Y la disciplina dogmática, sea eclesiástica, sea militar, es más cosa de principios que de fines. Aunque reconozco que esas dos disciplinas tienen un fin, que es matar la inteligencia, el libre examen.

A.—Ellos pretenden dar otra inteligencia.

B.—Sí, una inteligencia colectiva, un sentido común, un horrible sentido común, una ortodoxia. Y mi lucha es por el sentido propio, por la herejía. Herejía, *hairesis*, significaba entre los compatriotas y coetáneos de Platón partido político. Sólo que entonces, entre los ciudadanos de Atenas, no se conocía el partido de los inisólogos ó ideóforos. Para encontrarlo había que ir á Esparta.

A.—Y ahora, ¿qué va usted á hacer, amigo mío?

B.—Pues seguir luchando contra los otros.

A.—Contra los tontos, ¿eh?

B.—Usted lo ha dicho: contra los tontos y los brutos, contra los majaderos. Majaderos que ni para majar, como el majadero del almirez, nos sirven; majaderos que no majan.

Miguel de Unamuno

Madrid 6-34

a Política

O. Completos
tomo VII.



UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.SALAES